

las escuelas y las facultades individualísimas de los diversos genios, el dolor sobrehumano que siente una madre desolada lo supera todo y aparece de suyo en todas las figuras católicas, por igual manera que aparecen las medallas hechas y vaciadas en solo un troquel. Aunque Ticiano haya querido lucir en la Virgen solitaria y dolorosa el esplendor de sus añiles y de sus púrpuras; aunque Murillo no haya osado negarle aquel éter riente donde nadan los ángeles y los bienaventurados producidos por su creador pincel; aunque la Dolorosa de Rembrandt tenga mucho de la vulgaridad en que caen todos sus maravillosos tipos, más bellos por el resplandor de su iluminación y por la transparencia de sus ideas y de sus pasiones que por la forma plástica y exterior, indudablemente, así en las minuciosidades propias de las escuelas alemanas cual en el regocijo propio de las escuelas venetas, en la naturalidad excesiva del arte flamenco y la corrección clásica del arte florentino, los rasgos permanentes del dolor quedan, se ve la tristeza maternal en el minuto de morir los hijos y se oyen aquellos sollozos, los más amargos despedidos indudablemente desde las tristezas humanas á las alturas celestiales. ¡Ah! Evoco ahora yo en tropel mis recuerdos estéticos á este respecto, y no creo fácil una sabia elección, por lo inspirados que han sido

todos los artistas cristianos en tamaño asunto. La Madre aquella del Giotto, que abraza al Hijo á la hora de acostarlo en el sepulcro; la María bellísima del Angelico, puesta de hinojos, con las manos plegadas, contemplando á Cristo desenclavado, cuando José de Arimatea lo sostiene y Magdalena le besa las yertas plantas; el desmayo de Botticelli, donde María pierde por completo el sentido en brazos de San Juan, mientras las demás santas mujeres á una se arrojan por el suelo y los apóstoles lloran en coro; la Pietta de Miguel Angel, perteneciente, como todos los arquetipos suyos, á las titánicas edades aquellas del Renacimiento regenerador, hermosa, joven, robusta, presentando su hijo, desnudo y muerto sobre las rodillas, con sus crispadas manos, por donde corren las chispas eléctricas del dolor, á los remordimientos universales, en actitud y gesto dignos del antiguo Jeremías, cuando hablaba de su Jerusalén viuda y llorosa; la Soledad misma de Rafael, quien ha pintado el dolor más amargo y las lágrimas indudablemente más ardorosas en rostro no afeado por la desesperación y sus tormentos; las varias figuras, así de Weidem como de Rubens, como de Van-Dik, aunque representen las condiciones, á veces opuestas y contradictorias, de sus respectivas fantasías creadoras y el diverso gusto de sus particulares tiem-

pos, permanecerán ahí como la expresión de las penas y de los dolores sentidos por la mitad más tierna y más hermosa del humano linaje.

En verdad ha tenido María su pasión como Cristo. De todos los aspectos múltiples, que toma este ideal femenino, el más permanente y más amado es la Madre dolorosa. Muchos gozos vienen á su corazón tras esta pena infinita; pero ninguno borra ya las copiosas lágrimas que han llovido sus ojos en las cumbres del Calvario, aumentando el mar sin riberas de los humanos dolores. Vendrá el día de Pascua, y á la par que rompen lasavecillas el huevo y las flores el capullo, cargándose los aires de armonías y esencias, Cristo resucitará para transfigurarse, no en el bajo Tabor de Galilea, en las eternas cumbres celestiales. Luego María, rodeada por todos los apóstoles, recibirá en el cenáculo aquella comunicación del Espíritu Santo, por medio de la que se comunicará el Verbo cristiano á todos los discípulos de Cristo, y comunicaránlo á su vez los discípulos de Cristo á toda la tierra, y entre todos los hombres, en la comunión santísima de la Iglesia universal; irá luego, sobre mística barca, por las aguas azules del Mediterráneo, entre las islas griegas, donde cantaban todavía las hermosas músicas sirenas, y podrá, en visión beatífica, pronunciar entre gozos, y arreboles, y melodías el *Consummatum*

*est* que su hijo pronunció entre los estertores de su horrible agonía, viendo la obra cristiana en que los dioses mueren y acaban bajo las aguas celestes y las ondas argénteas, donde se mecieran al nacer, arrullados por los cantares homéricos; verá, por fin, los ángeles y los querubes asirios, transformados en las revelaciones semíticas, llegar desde los lejanos Tigris y Eufrates, después de haber bañado sus alas en el Jordán, á posarse atónitos sobre los bajo-relieves helenos. Y no habrá para ella muerte. Llamaránle á su día último el tránsito de la Virgen. Los discípulos rodearán la cama, donde se cierran para nuestro planeta sus ojos de carne; los ángeles bajarán á recogerla y á conducirla por lo infinito en sus espaldas; rosas místicas olerán en su camino, embalsamando todas las vías conducentes del tiempo á la eternidad; cuando pasa preguntaránse los habitantes de todos los planetas cómo se llama y quién es aquella hermosura unida con tal bondad; recobrará la pristina luz el resplandor que tuvo al despedirla en los espacios la palabra creadora; reanimaránse, viéndola, en amor divino, todos los soles; el coro de los seres criados entonará letanías sin fin; erigiránse á su nombre catedrales que cuajen y cristalicen su culto; el universo entero le servirá de peana, el cielo inmenso de solio, la Trinidad Santísima de corona; y, sin embargo, la Madre dolorosa

brillará más que todo eso en demostración de que lo permanente aquí, en esta contingencia y en estas limitaciones de nuestra humana especie, serán siempre la muerte y el dolor.

La contemplación de los por Cristo sufridos reanima de tal suerte á nuestra especie, que allí, en el Calvario, sintió por vez primera su inmortalidad. Ni en la religión judía ni en la religión helena estaba el dogma de la individualidad eterna de nuestra alma tan claro como en la religión cristiana. Sombras parecían los muertos aquellos errantes por las alamedas de los Elíseos Campos ó dormidos en el inmenso seno de Abraham. Cuando á la vista desaparecen los restos del Salvador encerrados bajo la fría losa de un sepulcro, la religión quiere que haya bajado, como el sol en las noches de nuestro hemisferio, á iluminar otros hemisferios de la vida, convirtiendo las sombras en almas, y en almas con verdadera conciencia. Digan cuanto quieran unos filósofos, que creen haber suprimido los problemas relativos á la espiritualidad y á la inmortalidad del sér humano apagando el alma como quien apaga una bujía, y apagándola con el alma misma, con su soplo vital, con la idea, nuestra especie ha subido en su ascensión maravillosa desde sér inorgánico á ser orgánico, desde sér orgánico á sér animado, desde sér animado á sér es-

piritual, desde sér espiritual á sér inmortal, por una suma de grandiosos esfuerzos, los cuales han conseguido que la muerte, de suyo tan temible, sea para todos lo que fué para Cristo en el Calvario, una transfiguración que nos acerca y hasta identifica en el abismo de sus sombras á la divinidad. Tal es también el ministerio de María: penetrarnos por completo del alma como del aire y éter celestiales. Merced á esta santa mujer aquello que parece puramente animal en nuestra especie sube á idealidad tal, que su resplandor quema las retinas del cuerpo y esclarece las retinas del espíritu. Las nupcias, los partos, la nutrición de los hijos, el apareamiento de los seres; todo esto, natural y rudimentario, hasta confundir la especie nuestra con las especies inferiores, tórnase ideal y religioso en María y en su Sacra Familia, para que hasta lo más animal de nuestro sér humano se alce á las alturas y se divinice allá en lo ideal. Los filósofos y los poetas helenos humanizaban á los dioses, y los filósofos y los pintores cristianos han divinizado á la humanidad. El hogar se torna como templo, las sencillas sedes donde la familia se asienta como aras, la cuna del niño barca para llevarnos á la grande nave donde iremos embarcados á lo infinito y á lo eterno. Por eso la madre cristiana engendra, pare, lacta y queda virgen, ignorando todo cuanto de

animal hay en estas necesidades inferiores de la vida mortal nuestra, como Eva en el Paraíso antes de su pecado. Pues al pie de la cruz resuelve María una contradicción mayor que la contradicción entre nuestra espiritualidad y nuestra animalidad, resuelve la contradicción entre la vida y la muerte. Nosotros, que abrazamos en el alma conceptos tan contradictorios como aquel á cuya luz vemos en los límites casi entre el sér y la nada el gusano roedor que mina y destruye todas las cosas criadas mientras en los puntos de contacto entre la naturaleza y la divinidad el ángel creador que ha sembrado de mundos los espacios infinitos, nosotros no podemos comprender la muerte olvidando por completo de que al morir para un mundo nacemos para otro mundo mejor. Pero al pie de la cruz María con todos sus dolores nos recuerda y nos asegura la inmortalidad. Su imagen santa en Belén idealiza el nacimiento, en Nazareth el trabajo de cada día, en Caná el poder de una madre sobre su hijo; pero en Jerusalén idealiza nuestras horribles agonías y nuestra muerte prometiéndonos y asegurándonos la inmortalidad. Por eso ha confirmado la historia lo dicho por ella misma en su *Magnificat: Beata me dicent omnes generationes.*

